



a propósito de una mujer

Riselda Perdomo

En la literatura dominicana del siglo pasado, el registro de nombres que se tiene, con caracteres relevantes o no, tiene en demasía denominaciones masculinas: si lo que se busca es fuerza expresiva, tono, intensidad, los mismos críticos con los que contamos nos remiten a la poesía de hombres (producida por los hombres).

Cuando se quiere señalar la domesticidad, lo cotidiano, el amor filial: hijos, padres, hermanos... entonces sí. Ahí, en esas producciones, aparece la mujer como representante de la sensibilidad natural y patrimonio de lo maternal. Parecería que la naturaleza femenina solo puede encontrar su razón de ser en el sentimiento relegado y añejo que revisita una realidad estática, circunspecta, sin emociones que trasciendan la inmediatez. Sólo en aquello impuesto por las circunstancias establecidas por la sociedad como buenas para las mujeres y, fuera de las cuales, resultaría un sacrilegio demostrar que aún ellas, pueden.

Es por eso que, con la aparición en el ruedo poético nacional de Aída Cartagena Portalatín, la literatura alcanza otra dimensión.

Aída Cartagena Portalatín nació en la ciudad de Moca, en el mes de junio de 1918. Se traslada a la ciudad capital para realizar estudios universitarios. Se graduó de Dra. en Filosofía de la Facultad de Humanidades de la Universidad autónoma de Santo Domingo. Luego, se marcha a Francia, donde realiza estudios de postgrado en Museología e Historia de Artes Plásticas.

Sobresale este último dato, en atención a nuestro país y a su condición de mujer. Pocos nombres femeninos aparecen circunscritos a situaciones de estudio —dentro o fuera del país—. Es una época de hombres, en la que “la mujer, la pata rota y en la casa” —frase cervantina— debe cuidar del hogar como un sol y de la sociedad como una luna. Sin embargo, Cartagena Portalatín cruza las fronteras de la patria chica y allende los mares aprehende una nueva dimensión del ser social que todos tenemos dentro.

A su regreso al país, como muchos otros dominicanos amantes de las letras que, por alguna razón tenían en común: haber estudiado fuera, ser acomodados, tener inquietudes, querer “trascender” en el medio poético; forma parte del movimiento de literatura (dominicano) Poesía Sorprendida.

Este grupo pretende producir una literatura dominicana con características universales: de ahora, de antes, de mañana, de siempre. Pretende, asimismo, sorprender con su estilo, con sus temas, con la construcción —y todo lo que implica. *Visperas del Sueño*, producción de Aída Cartagena Portalatín, de esa época, rompe en cierta forma con la condición que hasta el momento enmarcaba la poesía femenina (no feminista). Según Baeza Flores, ella “se recrea” en el halo que “precede al sueño”, se sumerge en una “especie de irrealidad” en la que sólo es posible encontrar su propia identidad. Señala, además, en relación con esta producción, que no existe ninguna referencia anterior a producción femenina que refleje el tono, la calidad y la libertad que logra la autora. Si acaso se quiere encontrar alguno de esos rasgos en la literatura dominicana, debe recurrirse a la “producción de hombres”.

El mismo Baeza compara la producción de Aída Cartagena Portalatín con la de Carmen Natalia Sánchez, pero señala la conformidad de las formas, en Natalia, con la retórica y la métrica existente. En Cartagena Portalatín se siente cierta ruptura, desde entonces, lo que se agudiza y ensancha con sus otras producciones. Para José Alcántara Almánzar, hay en esas primeras producciones de Aída Cartagena Portalatín “intimidad hermética”, además de lo señalado anteriormente. Hay una gran calidad, pero se nota, se evidencia la tremenda “soledad del alma” de la poetisa.

Otra obra de Aída Cartagena Portalatín que rompe con los cánones de la poética dominicana es *Mi mundo el mar*. En esta, ella sigue cantando desde su alma solitaria y encuentra en la inmensidad marina y todas sus criaturas, las musas y la



compañía que alientan su sentir y su soñar. Sigue escapando a la realidad, pero no al amor. Este siempre está presente., aunque no cercano. Lo busca, lo necesita, sin rostro ni presencia definida, pero la necesidad de ello se trasluce en su poesía. Según los estudiosos de su obra, esta es menos hermética, empieza a desnudarse como ser humano que palpita en el seno de una sociedad que agoniza (década 50 al 60).

Confidencias de una mujer solitaria es una especie de “diario al descubierto”. Se evidencia, se manifiesta un ser humano que siente, que ama, que íntimamente requiere compañía, pero no una compañía cualquiera, sino la que pueda encontrar en ella, el otro yo. Hace aquí referencia al hombre de carne, objeto. Aída Cartagena Portalatín es, en esta producción, “sujeto y objeto”; aparece incluso como protagonista de la misma obra que ella narra y escribe. Diríase que ella descubre en sí misma un potencial comunicativo para decir a los demás lo que siente. No se calla y no tiene por qué. Es un grito en la soledad del alma de una mujer que tiene voz y la usa. Por eso aparece en primera persona.

Pero, su grito no es doméstico, no es cotidiano. Es íntimo, intenso, profundo, fuerte y rebelde. No hay sumisión ni piedad. Aún en su infinita soledad, no pide misericordia por ella ni implora; sólo vacía una parte de sí que debe expresar. En esa expresión no hay fronteras; el mundo, el universo —en todas sus dimensiones- le pertenecen. Quizás por eso Daisy Cocco señala que Aída Cartagena Portalatín “comienza a redefinir los límites del mundo femenino”.

Para seguir en esa misma línea, aparece: *Aquí hace falta una mujer*. En esta obra la autora se impone; exige un lugar en la sociedad y lo ocupa, con fuerza, valor, coraje: no creo que estoy aquí demás /aquí hace falta una mujer / y esa mujer soy yo / ... Contundentemente. No pide permiso. Ella, la mujer, tiene un derecho como todos los demás y lo toma.

En “una mujer está sola” se abre una ventana a la verdad. La verdad que, muchísimas veces, es patrimonio de las almas solitarias que se escudan. La escritora deja que por sus ojos, brazos, pecho y corazón abiertos penetre “el oxígeno de una nueva vida” porque “pertenece a un mundo más amplio, donde la lucha social y el dolor del hombre —por lo racial, social político- deben tomarse en cuenta.

A partir de la década de los 60, la poesía de Cartagena Portalatín gira hacia una temática menos lírica. La construcción es menos cuidada, pero el contenido es más directo, simple, entendible. La realidad histórico social le inyecta vitalidad y como guía de jóvenes siente que su literatura —prosa o poesía- debe orientarlos: La “Tierra escrita” presenta la transformación de lo íntimo a lo social; de lo individual a lo colectivo. Esta vez, su poesía le canta al hombre que sufre y lucha: se hace social. Alcántara señala que la producción de Cartagena “ganó mucho en comunicación simple, sencilla y directa, pero perdió asimismo en calidad lírica”.

Estudiar con profundidad la obra de esta singular mujer nos recoge un poco el alma. Siempre solitaria, demandando compañía pero sin pedirla. Me parece que se “parapetó” en su interior; en principio, y luego en el mundo circundante. Es una forma de llenar los vacíos de la intimidad. Realmente, situar a esta mujer en su época, y comparar sus escritos con los que se tenían hasta ese momento, fruto de la imaginación femenina, nos obliga a decir que constituyó una “revolución”. Daisy Cocco de Phillipis tiene razón cuando expresa que con ella “comienza la desmitificación de la mujer”, por lo menos en nuestro país.

Riselda Perdomo, nació un 25 de julio de un año cualquiera, allá, en Duvergé. Es egresada de la Lic. en Educación, mención Filosofía y Letras (Cum Laude), de la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Con amplia experiencia docente, pertenece al cuerpo profesoral del Departamento de Español de UNAPEC.